

EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 2 Septiembre 1915.

Número 35.

Consecuencia

Tal miedo va infundiéndome el Infierno,
que cuando pienso en él, sudo y tiritito.

¡Yo ejerciendo de eterno cochifrito!

Fijarse bien en la palabra: ¡eterno!

A veces dudo si mandar al cuerno
al Gran Revelde por Jehová maldito,
que me cogió indefenso en el garlito
cuando era niño candoroso y tierno.

Mas al pensar que la palabra *esa*
es también aplicable á lo de enfrente,
mi duda al punto se aminora ó cesa.

El sufrir ó el gozar *eternamente*,
me infunde igual pavor. ¡Iré á la huesa
cumpliendo con Luzbel honradamente!

José Nakens

Incidente terminado

Leo en *El País* de ayer, domingo, 29:

Nakens no va al destierro

Perdón honroso

Muy honroso para ambas partes y muy plausible para el querellante y agraviado cura párroco de Yepes es el perdón que éste ha otorgado, sin condición alguna, con nobleza y generosidad ilimitadas.

Nakens, en verdad, no había hecho otra cosa que reproducir de un periódico, sin añadir nada por su cuenta, y obediente á un ruego para que lo copiara, cierto artículo ó carta, calumnioso é injurioso para el señor párroco de Yepes. El proceder de este señor disipa la más sutil malicia sobre el fundamento de lo que los Tribunales han condenado cual invención calumniosa.

El ilustre, el venerable Nakens, fué

condenado á cuatro años de destierro, pena agravada por los años y los achaques del gran periodista; pero que él se disponía á cumplir con ánimo estóico.

Su abogado, su procurador y algún amigo de esos señores y de Nakens, trabajaron por su cuenta y riesgo, á espaldas del sentenciado, para conseguir el perdón de la parte ofendida.

Y lo consiguieron, gracias á la mediación caballerescas del señor magistral, presidente de la Asociación para la defensa del clero, D. Juan Aguilar, á quien expresamos públicamente nuestra gratitud.

El Sr. Aguilar reunió la Asociación que preside, la expuso el caso, escribió al agraviado, al víctima de una injusta imputación, y logró el anhelado perdón, sin que pusiera para concederlo la menor condición.

Nosotros, ni aun habiendo publicado, ni leído siquiera, la calumnia contra el cura de Yepes, nos creemos moralmente obligados á consignar que ese señor fué víctima de una vileza y que su actual proceder pregona

la inverosimilitud de la calumnia. Gratitude debemos á ese señor y al dignísimo presidente de la Asociación para la defensa del clero, D. Juan Aguilar, pues queremos y admiramos tanto á D. José Nakens, que deudores nos consideramos de cuantos le favorecen.

A él y á los que para él han obtenido perdón los felicitamos muy cordialmente. Los señores D. Emilio Menéndez Pallarés y D. Ignacio Corujo, abogado y procurador, respectivamente, del Sr. Nakens, han llevado la defensa y la procura más allá del deber profesional, dentro de los deberes de la amistad.»

Aun cuando en estos últimos días he repartido mucho agradecimiento entre los amigos, conocidos y desconocidos, que me han ofrecido su casa y cuanto poseen para que fuese á pasar los años de destierro á su lado, como también lo he repartido entre los periódicos que me han dado una vez más claro testimonio de sus simpatías, me queda aún cantidad bastante que ofrecer, por si quieren repartírselo equitativamente, á los señores

Don Angel Ayllón, párroco de Yepes.

Don Juan Aguilar, presidente de la Asociación para la defensa del clero.

Don Emilio Menéndez Pallarés, don Ignacio Corujo y ese amigo mío y de ellos que seguramente se llama Roberto Castrovido.

Y á todos aquellos que hayan podido contribuir, directa ó indirectamente, á formular la petición (que yo no hubiese autorizado si á tiempo se me consulta), ó trabajado para que se accediese á ella, aun sabiendo que yo no he de introducir, por nada ni por nadie, y menos por mí, la menor variación en mi manera de pensar, sentir y obrar; circunstancia ésta que avalora la acción de los señores Ayllón y Aguilar, á quienes agradezco, tanto ó más que el favor, la forma delicada con que lo han otorgado.

JOSÉ NAKENS

Cortés con los cortesés

Como es la vez primera que un periódico clerical se ocupa de mí sin aplicarme adjetivos de grueso calibre, voy á demostrarle á *El Universo* que yo sé bailar al son que me tocan en el escenario de la cortesía.

De Nakens á Benavente se titula el artículo de fondo que me ha dedicado en su número del sábado último, y á ese voy á contestar en un tono y con una extensión que no acostumbro cuando de clericales se trata.

Comienza de este modo:

«El ilustre autor dramático D. Jacinto Benavente ha pintado de mano maestra en una de sus crónicas periodísticas á nuestros revolucionarios de oficio.

Cuatro pinceladas le han bastado para que nadie deje de reconocerlos, y aun de llamarlos por sus nombres.

Hélos aquí.

Copia los párrafos de la crónica de Benavente que reproduce en el número anterior de *El Motín* y continúa:

«No sabemos si verdaderamente indignado, ó complacido con la fiel pintura de Benavente, Nakens recoge en *El Motín* el texto íntegro que acabamos de copiar para exigir á su autor pruebas de las acusaciones que en ese texto se contienen.

«Un escritor de la talla de usted, señor Benavente—dice Nakens—, no puede, como un innominado cualquiera, acusar sin pruebas y menos en un periódico de la seriedad é importancia de *El Imparcial*. Y yo, en nombre de todos los republicanos que aman tanto la honra del partido como la suya propia, ruego á usted que concrete cargos y cite nombres, ó que se confiese autor de una ligereza imperdonable.»

No vamos nosotros á defender á Benavente, que él sabrá defenderse mucho mejor que nosotros pudiéramos hacerlo, y replicar á Nakens á las mil maravillas.

Permitásenos, sin embargo, comentar un momento la actitud de Nakens, el empeño que pone en que el gran satírico, de quien se declara franco admirador, vuelva sobre el asunto, cite nombres y concrete cargos.

Para conseguirlo, no perdona medio alguno; la justa alabanza al escritor insigne, la insinuación malévola, la emulación y el reproche, hábilmente combinados y dirigidos al fin que se propone alcanzar.

Empieza declarando Nakens que él también ha oído lo que se viene diciendo de algún tiempo acá de ciertos republicanos de altura; pero que nunca se ha querido hacer eco de tales especies, porque pudieran estar mal informados los que las propalan. Juzga que Benavente está mejor informado y le pide las pruebas. ¿Qué clase de pruebas? ¿Documentales? ¿Testificales?...

Nakens ya tiene una: la del rumor público, la de que suena el río, y cuando el río suena, es que lleva agua, como dice el adagio vulgar. No ignora tampoco que de la misma Prensa republicana han salido esas acusaciones que tanto al parecer, le indignan; que periódicos republicanos han sido también los que señalaron por sus nombres á los rentistas de que habla Benavente, y designaron sus pingües beneficios y granjerías.

Con reunir esos periódicos y enviarlos acotados á Nakens, para refrescarle la memoria, ya tendría Benavente sobradas pruebas de que su retrato es tan auténtico como ese otro de la Prensa afín, que pudiéramos llamar el de los republicanos pintados por sí mismos.

¿Qué más pruebas necesita Nakens? ¿Copia autorizada de la escritura notarial

en que los tales republicanos se comprometen á ser benévolos con la Monarquía, á cambio de que ésta les proporcione los medios de pasar una vida regalaona? No es costumbre hacer eso entre los Gobiernos débiles que pactan cosas semejantes y los revolucionarios de pan llevar. Se entienden y negocian por señas que no dejan rastro. Pero los republicanos rentistas engordan, sin que haya llegado el triunfo de la revolución, y los Gobiernos tratan con blandura y hasta con mimo á esos revolucionarios; he ahí la prueba irrecusable de que el hecho es cierto.

¿A qué conduce, pues, el empeño de Nakens en que Benavente aporte otras pruebas? ¿Pretende hacer creer á la masa borreguil del republicanismo que sólo se trata de calumnias en circulación contra ciertos prohombres republicanos, ó se regocija con las magistrales sátiras de Benavente, y tira de la lengua al maestro para que no abandone el tema?»

Copiado íntegro el artículo, según acostumbro cuando discuto, para no dar pretexto á que se me acuse de tergiversar conceptos, ó de elegir los párrafos de fácil respuesta, prescindiendo de aquellos que no lo sean tanto, dígoles á *El Universo*.

Lo de suponer que pudiera yo haber copiado complacido lo que dijo Benavente contra los que llamó «revolucionarios de oficio», es un malicioso recurso periodístico que por lo muy manoseado resulta inocente. El hombre que, cual yo, ha dedicado su vida entera á trabajar por el triunfo de un ideal, no puede complacerse en nada que contribuya á desprestigiarlo. Y la prueba de que mis correligionarios lo creen así, está en que los tres diarios republicanos de Madrid, *El País*, *España Nueva* y *El Radical*, han reproducido en sus columnas el artículo á que *El Universo* alude.

Ni pruebas documentales ni testimoniales he pedido á Benavente. De los actos vergonzosos ó inmorales realizados por hombres que tienen interés en ocultarlos, aunque sea por razones diversas, no suelen quedar pruebas de esa clase. Pero cuando otro hombre, y de la talla de Benavente, afirma que *está en el secreto*, hay perfecto derecho á pedirle que hable claro, señalando hechos y citando nombres. Su declaración, aun sin estar documentada, pudiera señalar una pista que condujera al esclarecimiento de la verdad; esa verdad que ansía y necesita conocer el republicanismo, para sacar de las enseñanzas que le deje el partido que convenga, á su dignidad primero; á sus orientaciones políticas y revolucionarias después.

«Que yo ya tengo una prueba: la del rumor público? ¿Pero qué, se admite ya como prueba el rumor público? Hasta ahora sólo sirvió, cuando más, de indicio para buscarla. Pero si convenimos en que constituye prueba por sí solo, me anticipo á felicitar á los albañiles que hoy se quejan de la falta de trabajo. ¿Sin presidios que van á tener que construir, por no

bastar los existentes, para meter es ellos á los restauradores que el rumor público califica de ladrones! Y no en que yo desprecie el rumor público, no; creo que puede y debe tenerse siempre en cuenta para investigar, mas no para juzgar, ni menos para condenar.

¿Que algunos periódicos republicanos acusan y citan nombres? No puedo negarlo. Pero ¿no sabe *El Universo*, y por experiencia propia, que las rivalidades entre individuos de la propia familia son las más más enconadas, como las guerras civiles las más crueles; y que de tomarse como artículo de fe cuanto se dicen en los periodos álgidos de su apasionamiento, apenas habría media docena de monárquicos que no resultaran ferocemente difamados por los de su bando? Evoque el mismo *Universo* en su memoria las acusaciones que le ha lanzado *El Siglo Futuro*, y posible es que no vuelva á emplear ese argumento.

Paso por alto el párrafo referente á los «Gobiernos débiles que tratan con los revolucionarios de pan llevar», porque va dirigido contra Dato, que trata con tanto mimo y blandura á Vázquez Mella y á todos los carlistas, y voy con el último párrafo del artículo.

¿Que si pretendo hacer creer á las masas del republicanismo que sólo se trata de calumnias en circulación contra ciertos prohombres republicanos? Argumento es ese inaplicable á un hombre como yo, que por decir las verdades á su partido se ha visto y se ve en entredicho, no sólo por los llamados prohombres, sino hasta por gran parte de esas masas, que sea por exceso de buena fe, sea por ceguedad idolátrica, sea por no estar en el secreto, como Benavente, siguen, defienden y sostienen á los hombres que elevaron, por suponerlos incapaces de entenderse para nada con la Monarquía.

No; contra mí no puede esgrimirse ese argumento: Yo no he transigido jamás con lo que he considerado perjudicial para mi partido, aunque no siempre haya dicho cuanto sentía: pese á lo que algunos creen, he callado y callo más que he dicho.

Yo no he tratado ni trato de engañar á esas masas, por que no he pensado nunca pedirles nada, ni he aceptado siquiera lo que han querido darme. He procurado servirles únicamente.

Y por eso, por servirles, he aprovechado la salida de tono de Benavente, para ver si logro, aunque sea por modo indirecto, que vayan á donde deseo: á poner en claro si entre nosotros hay hombres indignos de dirigirlos; en la seguridad de que entonces ellas cumplirán con su deber. Y si no los hubiere, á que cesen estas escaramuzas vergonzosas en que sólo se emplea un proyectil: el lodo.

Y en uno ú otro caso, á que nos dediquemos á reorganizarnos para luchar unidos contra la Monarquía, por abrigar el firme convencimiento de que, soluciónese como se solucione este asunto, no será el republicanismo quien salga perdiendo. ¿Que resultan manchados algunos de sus hombres? Más se destacará la limpieza de los demás. ¿Que no resultan? Pues la dura lección recibida servirá para que sustituyamos la ambición mezquina por la emulación noble; el odio por la fraternidad; única manera de que vuelva á ser el partido republicano lo que durante tanto tiempo fué: una esperanza para la patria.

Creo haber demostrado que no me duelen prendas y que sé bailar al son que me tocan. Por consiguiente, paso á exponer en otro artículo, sin sujetarme á método alguno, otras consideraciones que sobre el asunto se me ocurren.

SOBRE LO MISMO

No es el partido republicano una iglesia que pretenda, ni siquiera necesite, hacer monopolio de la santidad, ni profesión solemne de impecabilidad. Por esto puede, sin mengua de su credo y de su disciplina, reconocer en sus individuos, jefes ó no jefes, los vicios y virtudes que en mayor ó menor proporción tejen la vida de los mortales, celebrando las unas y censurando las otras, para estimular á la depuración y perfeccionamiento apetecibles. Lo que no puede hacer es llamar virtud al vicio, ni cubrir con máscara de santidad el crimen, para que resulten inviolables y se propaguen á sus anchas.

Ahí tiene *El Universo* explicado el dilema que me presenta en su último párrafo, esto es, tirar de la lengua á Benavente para que concrete las noticias que tenga, si las tiene, tales y como las haya obtenido, con el doble y justo objeto de impedir con la publicidad de los hechos el negocio de los que, según él, logran con agitaciones revolucionarias apoderarse de la confianza del Pueblo, para canjearla luego secretamente por la confianza de la Corona. Hay que reducir tan grave acusación á sus límites exactos, para salvar de ella á quienes no la merecen. Pues si puede ser cierto que haya algún republicano rentista de la Monarquía, es tanto y más cierto que esta imputación resulta calumniosa para los demás.

Puntualizar nombres y hechos, es caso de justicia para el castigo de los culpables y para salvar el honor de los inocentes.

El Universo sabe muy bien que es ilícito y deshonesto fundar sobre casos particulares acusaciones generales como las que hace Benavente. De ello se queja el católico diario cuando se combate al clero en general por

los delitos de algunos particulares. Luego si exige este criterio para sí, no puede extrañarle que se le pida que él lo aplique á los demás.

No es posible que Benavente, para sus acusaciones, se funde solamente en el rumor público, que la Iglesia no sabe á punto fijo si es «voz de Dios» ó «voz del Diablo». Por lo mismo que no es vulgo, no puede discurrir con la vulgaridad de «cuando el río suena agua lleva». Con este prejuicio formuló Ugarte su acusación contra Ferrer, luego desmentida en el proceso. Benavente no tiene derecho á discurrir como un vulgar le guleyo.

Por tratarse del fiscal del Supremo, el dicho de Ugarte fué decisivo. Nadie podía suponer que fundase su opinión en el rumor público. Sobre esto no habrían actuado los Tribunales. Fué preciso que al rumor público le pusiera Ugarte la autoridad de un fiscal del Supremo.

Este es el caso de Benavente. Ocupa en el actual litigio político una categoría elevada; habla desde el solemne estrado de *El Imparcial*; sus afirmaciones tienen, por lo tanto, autoridad particularísima.

Y desde el momento que él apadrina al anónimo autor de la frase: «ese republicano tiene por renta la Monarquía», el anónimo desaparece y queda sólo esto: *lo dice Benavente*.

Y si el admirado escritor pretende, como supongo, la nota de seriedad y probidad que le impone su investidura de portavoz de *El Imparcial*, sabrá que ambas le prohíben hacerse garante de embozados, sin antes cerciorarse de la certeza de los hechos.

Esas pruebas por cuya virtud el escritor haya llegado á formar su convicción honrada, esas, esas son las únicas que yo le pido.

Y pues *El Universo* toma cartas en el asunto, adelantándose á decir que se trata de negocios pactados á espaldas del notario público «por señas que no dejan rastro» entre los republicanos y los gobiernos de la Monarquía, «esas señas» descubiertas por *El Universo* pido; señas personales de republicanos y ministros pactantes, señas de las rentas estipuladas como precio, y señas de las actitudes revolucionarias vendidas á tal precio.

Nada perderá la Monarquía al descubrir el pacto, toda vez que «el traidor no es menester siendo la traición pasada»; el partido republicano ganará, y «la masa borreguil» engañada por las supuestas astucias del traidor, tanto como por la cobardía de los que acusan sin tener el valor de aportar pruebas y puntualizar hechos, caerá del «burro» de su «buena fe», sobre el cual la mantienen las insidias de acusados y de acusadores.

¿Qué reparo puede tener Benavente en hablar claro? Si los hechos imputados á los republicanos dejan

maltrecha la dignidad política de algunos, no debe olvidarse de que las acusaciones lanzadas al azar, quebrantan la dignidad profesional del escritor.

Los automóviles, sus dueños y sus víctimas

El Norte de Castilla de Valladolid viene escandalizado. El caso no es para menos. Véase el cuadro.

Un auto destrozado en la carretera. De tres personas que lo montaban, dos estaban sin sentido: el conductor y la señora del «auto». El marido de ésta no estaba desvanecido aún, aunque sí herido de muerte. Era el ingeniero Sr. Gereda que con su esposa hacía el viaje de novios.

«Allí pasó tres horas horribles—dice *El Norte*.

«Un carretero, que cruzó ante los restos del «auto» destrozado, fuéuplicado para que condujera á las víctimas en su carro hasta el pueblo más próximo.

«El carretero se negó.

—¡Vea usted que me estoy muriendo! —le dijo el ingeniero—. Le daré á usted lo que pida por conducirnos al pueblo.

«Todo fué inútil; el carretero, insensible, continuó su camino.

«Y eso no se castiga; para la inhumanidad no hay sanción.

«Repuesta la señora de Gereda, prodigó sus cuidados á su esposo; pero Gereda estaba seguro de que la muerte se aproximaba á más andar.

«Conducidos, al fin, á Puebla de Sanabria, pidió y recibió los auxilios espirituales y poco después entregó su alma buena D. Nicolás Gereda.»

Heraldo de Madrid, pone á esos renglones este comentario:

«Para casos como el relatado por el periódico vallisoletano deberían los Códigos tener una legislación especial.»

Si, señores: habría que declarar la falta de humanidad delito inmediato debajo de los cometidos por antihumanidad. Pero, no debe limitarse la nueva ley á los carreteros que se declaran neutrales ante el conflicto del automóvil.

Quizás no sea tal la intención del colega, pues encima del suelto ese, comenta otro hecho de un chofer que en Guipúzcoa se negó, pocos días antes, á recoger á un ciclista gravemente herido, «porque pudiera manchar de sangre los almohadones del vehículo.»

Dos hechos idénticos: sólo cambia la categoría de los personajes; carretero villano el uno, y chofer aristocrático el otro. Las intenciones quizás fuesen diferentes. La del chofer, la conocemos: «por no manchar de sangre la almohada donde habrían de sentar sus posaderas la dueña y su capellán. La intención del carretero fuera quizás más trascendental. Quizás fuese la venganza de la clase carreteril sobre la soberbia clase automovil. ¿Cuántas veces el arriero habría visto espantadas sus mulas por el auto, y cuántas otras se habría sentido él puesto en peligro de muerte!...

¿Cuántas horas de sueño y de descanso le habrá robado la amenaza del auto! ¿Cuántas otras habrá tenido atascado su carro y habrá pasado el auto por su lado, insensible, indiferente... como si el arriero no tuviese padres ó hijos enfermos que esperaban su medicina!...

Pues, si la clase de conductores es tal, la de los señores no es mejor,

No ha muchas semanas, frente á nuestra redacción un auto atropelló á un niño, dejándolo tendido en el arroyo.

El chofer disparó su auto á toda velocidad. El público, distraído con la víctima, tardamente trató de ver el número del auto. Como forajido corrió por el bulevar hasta perderse de vista. Ningún «señor» de Madrid acudió á la desgracia.

«¡Ahí queda eso!»—dijeron los dueños del auto.

Al día siguiente transcurría por la acera tranquilamente una joven lindísima, ataviada con sus mejores galas. Parecía una virgen escapada de los altares. Un auto cruzó, levantando con su velocidad chorretadas de barro. Una de ellas cayó sobre la virgencita aquella, dejándola hecha una lástima.

Las dueñas del auto rieron la gracia. No hubo un puño que tapase aquellas risas.

¿Y lo que se divierten los señoritos al soltar por su parte trasera el animal de hierro sus gasolinas, obligando al público á taparse las narices?... ¡Cuánto celebran la gracia de esta pedorrera, no más decente que las otras, los finos magnates!

No menos divertidos son los sustos y carreras producidos por el estruendoso rugido del animal.

«¡Ahí va el duque... ó el marqués... ó el traficante!... ¡Ahí va!...» La gente corre; el dueño se ríe... Ríese de la anciana y del niño; de la pareja interrumpida en sus amores y del médico cortado en su marcha.

Y si se fuese á contar los millones de microbios que á su paso levanta el auto, inmergiéndolos en los pulmones del transeunte, los gases asfixiantes alemanes tendrían en ellos su paralelo.

El pago de matrícula sirve á tales señoritos de patente para atronar los oídos; para tener en espanto continuo á veinte ciudadanos; para meternos por las narices los polvos esccrementicios de la calle y los infectos gases de sus motores; para atropellar, si llega el caso; para dejar tendido en el arroyo al enfermo...

Cerca de la Escuela de Ingenieros Agrónomos hallábase el otro día revolviéndose contra el suelo en violento ataque epiléptico un ciudadano católico español. A menos de un metro de distancia desfilaban los mejor galoneados carruajes de la corte. Más de uno, con su monjita ó con su fraile.

Asomábanse á la ventanilla los señores. Y proseguían su paseo.

Y luego querrán que un carretero, al caer ellos destrozados por su vehículo, pare su carro, pierda su tiempo, los cabalgue sobre los hombros, tuerza su camino... y se manche de sangre manos y rostro!...

R. M.

Ya llueven "requetés" sobre el Gobierno

Nuestro excelso presidente acaba de sufrir un desengaño de los pobres «requetés».

Los órganos de estas inocentes criaturas, *El Correo Catalán* y *El Debate*, según nos hace saber el señor Dato, al ver entablada por el Gobierno una reclamación sobre el hundimiento del «Isidoro», niegan nuestro derecho á plantear esa reclama-

ción y dicen que Alemania está en el suyo al hundir nuestros barcos.

Dato se hace cruces de esta enormidad patriótica de sus aliados en la santa alianza contra el liberalismo, y entrega el caso á la execración pública.

Pero, ¿el Sr. Dato vive acaso en el Limbo? ¿Se cree con derecho á hacerse el sorprendido por esta «loyolada», y á solicitar el concurso de la nación en la execración pretendida?

No, señor presidente. Estas que parecen salidas de tono, no son tales salidas, sino la traducción práctica de los principios y máximas del clericalismo, que con el cubilete de Dios y Patria, unas veces defendiendo «la Patria sobre todos los dioses», otras defendiendo á «Dios sobre todas las patrias», con el sano y único propósito de hacer monopolio de las patrias, de los dioses y aun de los diablos.

Mella, el verbo del «requeté» por renuncia de Maura, dijolo claramente. Antes que consentir que España hostilice á Alemania, levantarán la guerra civil para matar los españoles antigermanos. ¿No significa esto claramente que, en estos momentos, el jesuitismo es germanófilo y turcófilo antes que español?

El «requeté» es lógico al poner al Gobierno, que aplaudió sus principios, el veto contenido en ellos. No le es lícito á Dato dirigir reclamación alguna á Alemania, haga ésta lo que haga. Aquí está el «requeté» en pie de guerra para impedirlo; y aquí está la «santa alianza jesuita-monárquica» declarando el «requeté» «ejército oficial del reino».

Para poder execrar las presentes demasías del clericalismo ahora, se hace implícito é ineludible execrar al propio Dato y á su funesta política, que ha dado vigor y ha sancionado como apéndice de la religión oficial del Estado, ésta que ahora es llamada «plaga nacional». No se puede combatir al «requeté», sin combatir á Dato. Están unidos en santo vínculo matrimonial indisoluble.

CASO PATOLÓGICO

RODRIGUEZ MARIN

El director de la Biblioteca Nacional, que por razón del cargo que desempeña supongo que entenderá de geroglíficos, códices y papiros, babilónicos ó egipcios, rúnicos ó cuneiformes, arábigos ó americanos, entiende además de otras muchas ciencias, así humanas como divinas, físicas y ocultas.

Para notificar al mundo la posesión de todos esos tesoros, ha dado á *El Correo Español* unas cuartillas á guisa de interviú, señalando el «renacimiento (no el nacimiento) de la idea de Dios en Francia», «de la guerra y de sus males». «¡Ya rezan muchos franceses que antes no rezaban!», exclama con mística fruición.

Esto me induce á sospechar, que si el Papa encarga algún día á nuestro biblio-

tecario la misión de «hacer renacer la idea de Dios en España entre los que la perdieron, no buscará un Cristo que «pase por el mundo derramando el bien», sino que organizará un apostolado de guerra, con los doctores Tifus, Cólera, Enteritis, Hambre y Plagas de Egipto; y en vez de crucificar al verbo, crucificará á la Humanidad, hasta forzarla á decir: «creo en ti, terrible Mesías». Como misión cristiana fracasó, y ha de volverse á los razonamientos de Jahve. ¡Judío puro!

No siendo cosa de ir analizando uno tras otro los portentos de nuestro genial bibliotecario, contétese el lector con los epígrafes de sus sentenciosas enseñanzas:

«Por qué es germanófilo—Su admiración por Alemania—España debe seguir neutral—Lo que debe hacer España—la opinión sobre el manifiesto de los intelectuales españoles.»

Ejemplos de seriedad discursiva:

¿Por qué admira Marín á Alemania? No es por haber sido foco de la emancipación europea contra el imperio vaticano, ni por haber sido cuna de la libertad de conciencia y ejemplo de la tolerancia religiosa, ni siquiera por sus avances científicos, ni menos por su magia organizadora.

Ni siquiera admira á los literatos alemanes; antes bien se irrita contra los intelectuales españoles que reputan «literatillos y catedratiquillos á quienes no saben alemán».

¿Vana ciencia—diráse Marín, que por lo visto ignora el alemán como yo—bien que yo deploro esta ignorancia como todas las otras, y nuestro bibliotecario no la deplora, y con razón; pues no le ha hecho falta saber alemán para llegar á donde llegó (gracias al apoyo de la prensa liberal). Y aun es de presumir que no le habrían sido tan útiles los ahondamientos en las ciencias alemanas y las investigaciones sobre Schiller y Goethe, cuanto le fueron útiles los cantares andaluces y refranes que recopiló, y sus largos, profundos, admirables y censurables estudios del *Quijote*, obra, dicho sea de paso, que me revienta tanto como su autor, á quien no reputo digno de descalfar á Quevedo, en quien hay tanta cantidad de sabio como de literato, y tanta cantidad de hombre como de sabio.

Pues, si no es por eso, ¿por cuáles diablos admirará Marín á Alemania?

He aquí sus palabras:

«Cómo no he de admirar á los germanos que casi solos contra medio mundo, contra gentes de diversos colores y razas, ofrecen el sublime espectáculo de ir venciendo hasta ahora gracias al pasmo talento de su kaiser, á la asombrosa organización de su Ejército y al noble patriotismo y heroico valor de sus soldados? Y conste que en el elogio comprendo también á los austro-húngaros.

«Si gana nuestra simpatía el hombre que se defiende valerosamente de cuatro ó seis que le acometen á un tiempo, ¿no han de sernos muy simpáticos los que saben resistir á tantos enemigos, y que á diferencia de ellos, que hasta quieren meter á los japoneses en Europa, no admiten en sus filas ni un soldado extranjero voluntario, porque están seguros de que han de bastarse para triunfar?

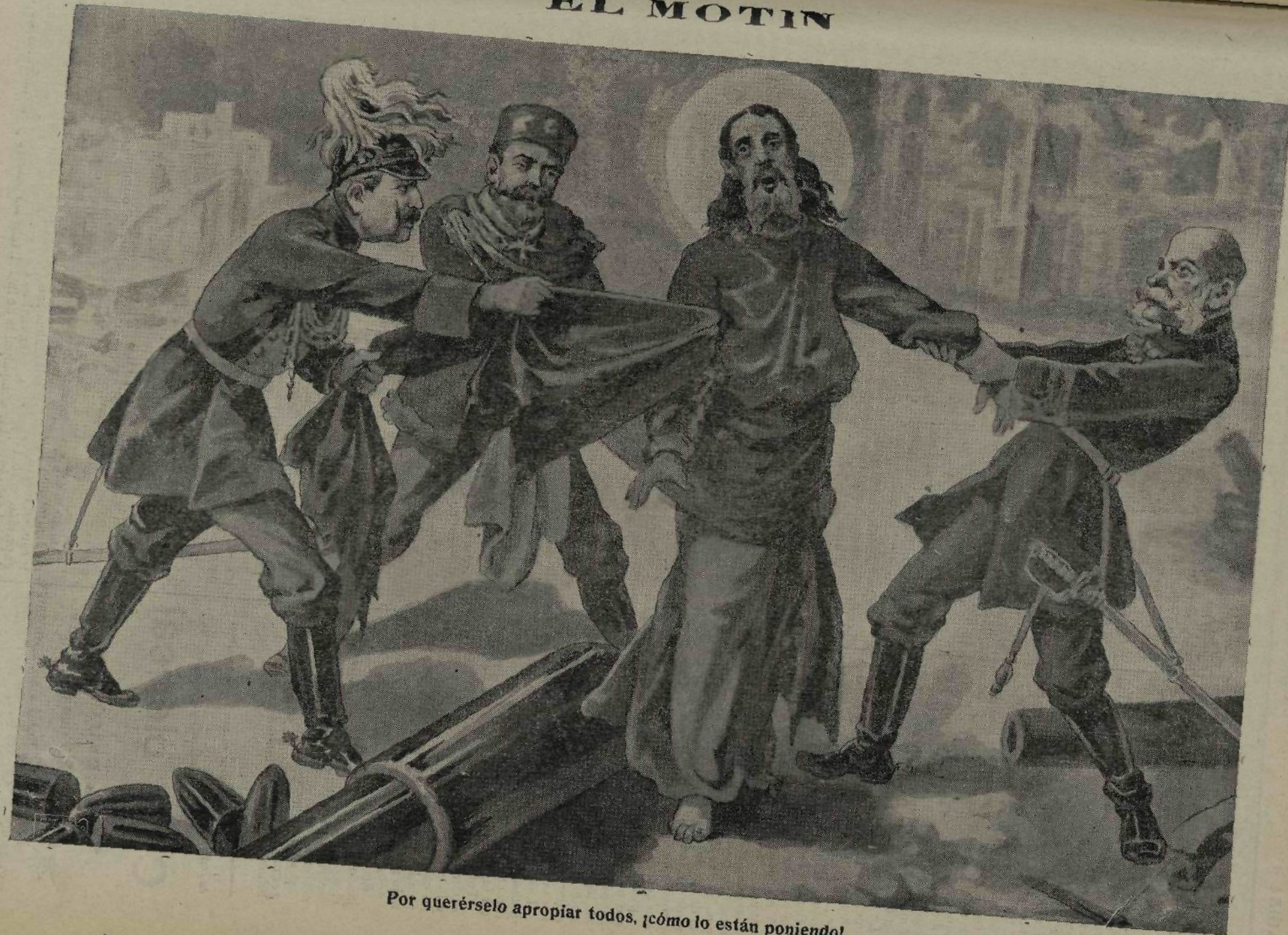
«¿A quién que tenga sangre y alma de hombre no ha de admirar tanta gallardía?

No faltar á la verdad, señor bibliotecario.

Eso de «solos contra medio mundo», es una cuenta sevillana. Alemania provocó la guerra aliada con Austria é Italia, las cuales componían 187 millones de habitantes, contra Rusia y Francia que reunían 169 millones. Esa era la intención y guapeza germana.

Perdió los 32 millones italianos; pero logró los 40 millones turcos. Y al presente lucha en proporción de 155 contra 249; á menos de uno contra dos.

EL MOTIN



Por querérselo apropiarse todos, ¡cómo lo están poniendo!

¡Con que, señor bibliotecario: quite usted hierro á la bravata, ó va á eclipsar la fama de estupendo exagerador á su paisano Manolito Gázquez!

No niego que el valor alemán es admirable por la razón que señala el bibliotecario... los germanos, todos de un solo color, luchan «contra gentes de diversos colores». Sí, eso, es admirable. Los colores en la guerra son muy de tener en cuenta.

De que «hasta aquí van venciendo», ¿quién lo duda? Vencen en Bélgica y Francia, bien que retrocediendo; en Rusia, bien que dejándose la lana entre las zarzas; y en Italia, ¡vaya una de patos con que los austriacos están moliendo á los soldados de Víctor Manuel... éstos á aquéllos!...

¡Admirable!... Como los germanos sigan venciendo de este modo unos añitos más, ¡sublime espectáculo y pasmoso talento!...

Lo que me ha convencido, es la teoría flamenquista de ser admirable de por sí el hombre que se defiende de cuatro ó seis...

¡Cuánta admiración guardará Marín para el Bonnot forajido que se defiende contra una sección de la Guardia civil!...

Y en cuanto á eso de rechazar los extranjeros, ¡no es guapeza y majeza y sal y sandunga? Tan seguros están de bastarse y sobrarse ellos solos, los germanos, que es falso que admitan el concurso de los austriacos, ni de los húngaros, ni de los turcos. Aunque estos «extranjeros» sumen ochenta y ocho millones, son cero á la izquierda.

¡Admirable, sí! Diez veces admirable ese pueblo que ha hecho perder los estribos de la *sindéresis* y aun de la *sintaxis* lógica á quienes debieran honrar el título de «cúspide nacional» en el saber callar, ya que en el saber hablar cometen tales pifias.

La última debieron metérsela los cajistas, pues no cabe pensar que sea el director de la Biblioteca Nacional su autor legítimo.

Tomando el pelo á los intelectuales que admiran á Alemania fuera de la guerra y la execran en la guerra (distinción que no cabe en la mollera de nuestro bibliotecario), nos enjareta con sorna este latín sagrado:

«*Sapientis est mutare consilium.*» (1).

En la cita se mudó la *s* por una *c* dejando trocado el «consejo» del sabio, por el «concejo». A no ser que el señor bibliotecario nos descubra que *concilium* es y no *consilium*.

¡Vaya, vaya, con nuestro admiradizo germanófilo! ¡Cuánto se reirán de él los bibliotecarios de la famosa Germania!

R. MAYOL

(1) «Propio del sabio es cambiar de parecer ó de consejo».

Cine clerical

La patrona

—¿A que no aciertan ustedes la noticia que traigo?

—Esta señora Eulalia siempre tan guasona... Ya verás, ya verás por donde se sale.

—Nada de invenciones; todo ver-

dad como el Evangelio de la misa, según dicen.

—Vamos, desembuche usted.

—¿No han leído el otro día que los aviadores habían tomado un santo por patrón?

—Sí, San Pedro Regalado, un fraile franciscano de vida muy penitente.

—¿Y qué tiene que ver con los aeroplanos? Aquí tenemos lo de las pistolas á un santo Cristo...

—No lo sé; tampoco tiene nada que ver la Virgen del Pilar con el correo, y sin embargo la han hecho patrona del cuerpo...

—Ni con la Guardia civil y también tiene este patronato.

—¡Ave María! ¡Qué cosas se ven en España!... Si no hay un santico por medio ya no se puede vivir.

—Bueno, bueno, al grano... Diga usted, señora Eulalia, diga...

—Pues nada, hijas; que se han reunido todas *esas* que no pueden salir antes de la una de la noche, y también han acordado buscar una patrona celestial que las proteja, las dé parroquia y las libre de la *Comi*.

—¡Qué descaro! ¿Y la han nombrado?

—No han podido entenderse; unas optaban por la Magdalena, otras por Santa María Egipcíaca, otras por...

—Sí; no se moleste; en esta materia el santoral anda muy abundante. Casi todas las *santas* dieron primero la carne al diablo; pero yo digo una cosa...

—¿Cuál?

—Que no está la cosa en nombrar á un santo por patrón, sino en saber si éste acepta el patronato, porque si no lo acepta, no cumplirá las funciones propias de tal oficio. Y esto, ¿cómo se sabe? Porque hasta ahora no hay noticia de que ninguna virgen ni santo haya dicho: «Aceptado, y se hará como se desea.»

—Vaya, mujer; eso se supone.

—No, señora; aquí no caben suposiciones; es una cosa muy seria para andar entre dudas y tinieblas. Por consiguiente, todos esos patronatos están en el aire.

—Pues ahora iban los panaderos á ponerse bajo la protección de San Dimas.

—Y los carboneros bajo la de San Pedro Claver, que era negro.

—Veremos á ver por dónde se salen *esas*, porque mire usted que ese patronato tiene muchos *bemoles*.

—¡Y tal!

FRAY GERUNDIO

Cartas á un provinciano

III

Amigo mío: La Humanidad se entretiene á sí misma forjando quimeras, que, luego, en fuerza de imaginarlas, alcanzan expresión verbal ó plástica, y envueltas ya en el velo invisible é impalpable de la

palabra ó en el simbolismo misterioso del arte plástico, las toma por posibles y aun verdaderas realidades; hasta que los hechos del mundo exterior, el determinismo invencible de las leyes del mundo material, desvela brutalmente tales quimeras y las muestra á nuestros ojos como son en verdad: sombras, sueños, ilusiones de nuestra mente.

Esta guerra es, indudablemente, uno de esos hechos fatales que surgen de las leyes del mundo material, al que el hombre, pobre, misericordiable, irredento é irredimible Sísifo, se afana por vencer.

Se dice que esta guerra ha hecho fracasar muchas cosas. No, no las ha hecho fracasar porque no existían: eran sólo palabras ó puros símbolos, sin realidad posible y á eso han quedado reducidas. El Pacifismo, la Fuerza del Derecho, el Socialismo Internacional, la Ciencia Estratégica, la Virtualidad ó Freno moral del Cristianismo... y muchas más.

No obstante esa visión del mundo resignadamente pesimista, que se desprende de lo que acabo de decirte, esta guerra me ha entristecido y entristece cada día más. Es verdad que, como tú sabes, soy un hombre excesivamente sentimental que no siempre se acuerda que tiene una cabeza sobre los hombros; mas la causa de mi tristeza proviene en esta ocasión, precisamente de acordarme que la tengo. No son las muertes y sufrimientos de los campos de batalla, que, aunque los siento y deploro humanamente, presentan á mis ojos, según indiqué antes, la fatalidad é imposibilidad de una catástrofe geológica. Son las tristezas de nuestra propia casa; es la contemplación de nuestras propias desdichas, que la razón ve claramente, seguramente, la posibilidad y manera de remediarlas; es el estado decadente y miserable de nuestra patria, que la guerra actual, como si fuese providencial antorcha, ha iluminado plenamente.

No sólo ha puesto de relieve nuestra suicida debilidad, la incapacidad de la fuerza armada para mantener decorosamente, altivamente, nuestra dignidad de nación libre y repeler cualquiera agresión, venga de donde viniere; así como las máculas profundas de nuestro comercio é industria, incapaces actualmente, no ya de luchar y subsistir en libre competencia, ni aun de atender sin ella las apremiantes necesidades de ningún mercado exterior, sino que ha demostrado hasta qué punto ha decaído, se ha achicado, empobrecido y enruineado nuestro espíritu.

Pasa, pasa la vista, si no lo hubieses hecho y tu paciencia alcanza á tanto, por los innumerables artículos periodísticos, libros, encuestas, entrevistas, etc., publicados acerca de la guerra por nuestros hombres públicos, por nuestros políticos, hombres de ciencia, profesores, literatos y simples escritores. No ya fulguraciones y anticipaciones geniales, ni siquiera hallarás, como era de esperar, muestras de verdadero vigor intelectual, de sagaz y penetrante comprensión, de firme y claro juicio, algo de ese vuelo ideal que, alzándose sobre las grandes cuestiones, las abarca y domina. Siendo, como es esta guerra, uno de los más grandes y emocionantes sucesos de la humanidad, no ha sido bastante á suscitar en ninguno de nuestros artistas y pensadores ninguna de las altas creaciones del arte que hiriéndose vivamente nuestro espíritu é inmortalizase los dolores y sufrimientos de esta

gestación de nuevos pueblos, ni ninguna de esas vastas generalizaciones de la razón que, mediante un análisis sereno y exacto, comprendiese este importantísimo hecho enlazado en sus múltiples aspectos, en toda su varia complejidad, con los demás hechos de la vida histórica; ninguna de esas visiones sintéticas, luz radiante del espíritu que ilumina y esclarece los hechos totalmente.

Podrá no haber muerto todavía el genio de nuestra raza; pero, ¡qué escasa y qué bastardeada sensibilidad le queda! ¡Qué mediocre es su espíritu! ¡Qué cortas son sus alas!

Pues con ser esto tan lamentable, aún queda como para echarse á llorar. Exceptuado Cavia y dos ó tres más, nadie se ha ocupado de la guerra desde un punto de vista netamente español.

Ya te estoy oyendo decirme: «Siempre lo sospeché y te lo predije, que por amañar los loros al estilo europeo no dejarían de ser loros, y probablemente se estropearía la casta.»

¡Dichoso tú, que te contentas con tener razón! Quede esto para otro día.

Te abraza tu amigo

M. M.

Para los jesuitantes españoles

El cónsul general de Italia en Trebizonda ha expuesto á *Il Messaggero*, que desde el 24 de Junio las persecuciones de los turcos contra los armenios rebasan todo cuanto pudo registrar la Historia y pueda concebir la imaginación más perversa.

Los cadáveres son hallados diariamente á centenares en las calles. Por millares son exterminados hombres, mujeres y niños, unos á cuchillo, otros ahogados en el río ó en el mar Negro.

El ministro de Italia termina diciéndole que tantas mortandades piden venganza á toda la cristiandad, y que todas las potencias cristianas deberían tener por responsables á los austro-alemanes, quienes ayudan á los criminales provocando en el mundo entero un horror indecible.

¿Cree esto el ministro italiano? Pues convenza al Papa y decídale á lanzar una encíclica en este sentido, renovando las indulgencias de la Cruzada.

Los austro-germanófilos de España son los jesuitas. ¡Santiago y á ellos!

Ayer y Hoy

Cuando la idea era algo amado con pasión, con locura; algo ante cuyos altares se exponía y se sacrificaba la vida, como Byron en defensa de Grecia, como Espronceda en defensa de la libertad en las barricadas de las calles de Londres, como Baudin, el diputado francés, en las barricadas de las calles de París, Pi y Margall, aquel gran hombre, aquel hombre excelso entre los buenos podía escribir: «Empiezo por decir que no estoy nunca dispuesto á sacrificar la verdad ante mezquinas consideraciones de intereses personales ni de intereses de partido; que no busco triunfos de momento, y sólo aspiro

á ver entronizada la República cuando tal como es y sin máscara ninguna, merezca el asentimiento de los pueblos; que veo indispensable combatir de frente todo género de preocupaciones, y combatirlas con tanta mayor fuerza cuanto estén más arraigadas; que sólo así creo evitable esa serie de excisiones sangrientas, producidas por no abrazar las sociedades en toda su extensión la idea revolucionaria y realizarla siempre á medias; que no temo, por otra parte, sublevar contra mí, ni contra mi causa, la conciencia de hombres que, no porque yo temple mis ataques, han de seguirme y de seguir mi idea. ¡Ah! se me quiere detener, y se me pone por delante no ya sólo las armas de la razón, sino las leyes de la conveniencia, es decir, las del egoísmo. ¿Cuándo dejará de ser éste entre nosotros el lenguaje de los hombres pensadores, el lenguaje de los hombres que no caminan con la revolución á impulsos de pasiones mezquinas y bastardas? Me he de ver solo y seguir aún el camino que la verdad me trace. Tendría vergüenza de mí mismo si, como escritor, llegase á transigir un día con torpes exigencias.»

El varón austero del republicanismo español podía hablar así en 1871, en pleno vigor, y podía ya anciano suscribir esas palabras el despedirse de la vida.

Debería esculpirse el anterior párrafo en el zócalo del monumento que al hombre ilustre va á erigirse dentro de pocos días en esta ciudad.

Sería ello tributo merecido al hombre honrado é ilustre, á la par que picota de los políticos al uso.

Para éstos la idea no es cosa que se guisa ni se come; es un medio para alcanzar puestos que den riquezas y honores; de aquí que de los programas se sirvan á la manera de trampolín, aun sabiendo que ellos resultan payasos.

Desde que nuestros políticos (hablo de todos) se enteraron del descubrimiento de Bartrina, según el cual

Cupido con los dedos echa cuentas, se han dedicado á contar. Tienen el corazón en el bolsillo; en la cabeza, en vez de sesos, un libro comercial con su *debe y haber*; el juez supremo, que debiera ser la conciencia, lo han colocado en el estómago. Terminada la jornada del día, no se preguntan: ¿qué bien he hecho hoy?, sino ¿cuánto he ganado en este día? El amor al ideal es para ellos una *tonttería*, porque el ideal cambia á cada paso, y no vale la pena de hacerse esclavo de lo mudable y contingente (histórico); los que por el ideal se sacrifican son unos *Quijotes*, en el sentido depresivo de la calificación.

Que tras el ideal un hombre acaudalado perdió su fortuna con la que se regodearon los vivos; se le llama *tonto*. Que un periodista inflamado por el santo amor á la idea va á la cárcel; que se pudra en ella. Que va á la emigración; que se muera de hambre; ni siquiera se le enviará el consuelo de una carta afectuosa; antes bien, hasta se le privará de sus naturales y ordinarios medios de vida, llamando luego al correligionario olvidado «*Muy Sr. mío*» con olímpica soberbia.

Los políticos, el uso se llaman todos Sancho Panza, para diferenciarse del inmortal Quijote, encarnación soberbia del hombre amante del ideal de justicia, con el aditamento de que nuestros políticos han suprimido el Sancho y sólo se llaman *Panza*.

La política ayer se hacía conspirando,

exponiendo la libertad y la vida; se iba con la coraza de la idea á los mítines, á los clubs; por toda esperanza quedaba la deportación á Fernando Póo, ó un encierro en el Pontón; hoy la política se hace en los ministerios.

Se han *dulcificado* mucho las costumbres. Antes, nuestros políticos, cuando otra cosa no podían, arañaban á los hombres del poder; ahora comen juntos.

Estamos en el pleno reinado de una nueva política, bajo el imperio de una ética nueva, que ha sustituido la razón suprema de la justicia, por el *do ut des*, de los mercaderes. Política de complacencias la nuestra, política de transacciones, lo primero que hace el hombre público, es proveerse de vaselina, y como de lo que se trata es de *llegar*, se arma de ganzúa.

Cuando tan rebajados están los caracteres, cuando tan pervertidas están las costumbres, conforta el ánimo y le reconcilia á uno con la vida volver los ojos á los hombres que fueron, y de los que dicen las gentes y dirá la Historia:

«Pasaron por el poder sin enriquecerse y menos aún mancillarse.»

Pero eso fué ayer... ¡Hoy!...

CRISTÓBAL LITRÁN

Barcelona 27 Agosto 1915.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS

SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Libros en venta

Trozos de mi vida

TRALLAZOS

EN BROMA

Y EN SERIO

Chaparrón de milagros

VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanás)

Segunda edición.—318 páginas.

Picotazos en la cresta

Clericalismo en soifa

por José Nakens

Cada tomo DOS pesetas. A los suscriptores directos, el 25 de rebaja.

Los cruzados

por

ROBERTO ROBERT

Algunas veces, sin lavarse las manos ni nada, entraban en el santuario, se persignaban untándose frente barba y mejillas con sangre de infieles, y se ponían á rezar fervorosamente.

Dicen que era cosa sublime el espectáculo de aquella devoción con que todos alababan al Señor, y poseídos de piadosos sentimientos, unos confesaban sus pecados, otros daban limosnas... ¡Pero limosnas abundantes, porque el saqueo solía ser productivo!

Un contemporáneo cuenta cómo trescientos turcos se refugiaron en la torre de David y pidieron á Raimundo de Tolosa que les salvase á lo menos la vida.

Raimundo se lo prometió.

Los infieles, que jamás habían querido creer en el Evangelio, dieron crédito á la palabra de aquel simple mortal; pero Dios les castigó, porque los cristianos, desentendiéndose de inoportunas capitulaciones, los degollaron á todos.

Alberto de Aix, hombre de aquel tiempo, dice:

«Las mujeres, hasta las que estaban en cinta, murieron á hierro y á pedradas. Con el espanto que la vista de la sangre les causaba, se asían á sus propios matadores, se arrojaban á sus pies, pidiéndoles la vida por piedad; pero en vano, porque no hubo perdón ni para las criaturas de teta.»

¡Pero qué sacro jolgorio habría en el cielo á cada zafarrancho de esos!

Ya me estoy figurando á los santos españoles con castañuelas y guitarras, á los santos franceses con mirlo-tones, á los santos ingleses con sus cornos, tocar bailes nacionales, mientras otros darían zapatetas en el aire celebrando los santísimos progresos religiosos de Asia.

El abad Guiberto de Nogent refiere escenas de sagrada carnicería como la que acabamos de dar á conocer, y si bien con el imperfecto lenguaje humano, expresa algo de las celestiales alegrías diciendo:

«Pocas veces hemos visto, y jamás hemos leído, una tan grande degollación de gentiles. Dios, tomando el desquite, hirió, en justa correspondencia, á los que con todo género de suplicios habían atormentado á los peregrinos que por amor del cielo visitaran aquellos lugares.»

¡El desquite de Dios solemnizado en la tierra y en el cielo, no con mojigangas y vasitos de colores, como se festejan los míseros acontecimientos humanos, sino con muertes de preñadas y destrozos de turcos lactantes, es una gloriosa etapa del cristianismo y una de las más señaladas pruebas de las poderosas creencias religiosas que animaban á los cruzados!

Mientras los señores feudales realizaban aquellos prodigios de religiosidad en Asia, la Europa feudal se fué disolviendo poco á poco, sin sentirlo, ordenada y sobre todo indirectamente.

Lejos de sus tierras los propietarios, cada día otorgaban un nuevo privilegio, hacían una nueva concesión á los siervos.

En el campo de guerra todo eran milagros, por medio de los cuales los guerreros veían claro como la luz que Dios peleaba en su auxilio.

Ya cuando Pedro el Ermitaño comenzó su predicación al grito de ¡Dios lo quiere! la gente le arrancaba crines á su asno y se las guardaba como reliquias milagrosas, y los primeros cruzados que siguieron á Pedro llevaban por guías una oca y una cabra inspiradas por Dios.

No ha faltado quien como el cardenal Fleury, en su discurso sobre la historia eclesiástica, escribiese lo siguiente:

«Querían vengar las injurias hechas á Jesucristo; pero la verdadera injuria para El eran las corrompidas costumbres de la mayor parte de los cruzados, injuria mucho mayor que la profanación de cosas insensibles, de edificios consagrados á su nombre y de lugares que nos recuerdan lo que padeció por nosotros. Por respetables que sean los santos lugares...»

Pero alto, alto, que el señor cardenal podría arrebatarse las bellas ilusiones de la tierna adolescencia que aún admira á aquellos valerosos guerreros de la cruz.

Y si al pueblo le arrebatáis las ilusiones religiosas, ¿qué le queda?

¡Oh, no toquéis á las ilusiones del pueblo; conservadlas; son un precioso tesoro, y nos ayudan á conservar el nuestro!

El pueblo que pierde la fe religiosa, cae en todos los precipicios: entra en peligrosas averiguaciones sobre el origen del derecho; pide que se justifiquen los títulos de propiedad; inquiere cómo es que mientras él trabaja otros huelgan, y las horas que debería pasar en el templo prometiendo resignación, las pasa en el club y en la plaza pública protestando de que no quiere resignarse más tiempo.

No toquemos, pues, á esas consoladoras ilusiones; al contrario, aumen-

temos en lo posible su encanto, su prestigio, su fascinación, y repitamos una y mil veces: ¡Oh, aquellos caballeros! ¡Aquella piedad! ¡Aquellos cristianos sentimientos, y pureza de corazón, y despegue de las cosas mundanas!

¡Oh tiempos felices y jamás bastante llorados!

Recordemos al pueblo de cuando en cuando que, no sólo barones y duques, sino príncipes y reyes, tomaron la cruz.

Tomó la cruz Luis VII.

Acababa de pasarlo todo á sangre y fuego en el condado de Champaña; puso cerco á Vitry; él mismo tomó parte en el asalto de la ciudad, la ganó, la arrasó, y á más de mil trecientas personas que se habían refugiado en una iglesia las hizo morir envueltas entre las llamas.

Este suceso fué mal visto por algunas personas religiosas, que se lo reprendieron.

Carlos VII pasmado replicó:

—Pero los cruzados, ¿no queman, talan y saquean?

—Sí, le replicaron; pero lo hacen contra infieles, lo cual es muy diferente.

—¡Ah! ¿De modo que si yo voy á Palestina y me pongo á matar é incendiar como aquí, daré gusto á Nuestro Señor?

—¡Un gusto inefable!

Y apenas lo oyó el rey Carlos se sintió poseído de tan ardiente piedad religiosa, que se hizo cruzado para continuar haciendo la vida anterior, pero que practicada en otro lugar redundaría en gloria del Altísimo.

Véase cómo la religión no solamente endulzaba entonces los caracteres y levantaba remordimientos en las conciencias culpables, sino que con una simple sustitución de víctima trocaba en divino holocausto lo que había sido feroz asesinato.

¿Por qué se hizo cruzado el trovador Godofredo de Rudel? Porque oyó hablar de la condesa de Trípoli á los viajeros procedentes de Antioquía, se enamoró de ella de oídas, y quiso ir á aquellas tierras para conocerla.

A no ser por aquella guerra, el trovador habría llevado un objeto exclusivamente mundano en su peregrinación. ¿Y qué gloria podría haber alcanzado el cielo de aquel viaje? Ninguna. Pero haciéndose cruzado el amante, siempre había la probabilidad de que si de camino se topase con turco le rebanase la cabeza, y ya era un enemigo menos.

Y con las ventajas religiosas iban

(Continuará.)

TIP. «LA ITALICA» VELARDE, 12, MADRID